



REDACCION Y ADMINISTRACION,
Compostela, número 71 (entresuelos.)

SEMANARIO SATIRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA,
Victor P. de Landaluze (D. Junipero.)

AÑO 1.º

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA.
UN MES, \$1.—SEIS MESES, \$5.25—UN AÑO, \$10.
Número suelto: 25 Cents.

HABANA 15 DE MAYO DE 1870.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.
TRES MESES, \$3.75—SEIS MESES, \$7—UN AÑO, \$12.75
Número suelto: 30 Cents.

NUM. 28.

SUMARIO.

TEXTO.—Menestra semanal, por JUAN PALOMO.—Miserias humanas: Las causas de préstamos, por JUAN PEREZ.—Las dos teas, por JUAN DE AUSTRIA.—Las dos palabritas, por JUAN DE LAS VISAS.—Ya llegó la hora, por JUAN PALOMO.—Epístolas á Juan Palomo de Nueva-York, por JUAN-BULL de Puerto-Príncipe, por JUAN LANA.—Cuentos de Manigua (continuación), por JUAN SIN-TIERRA.—Sartenazos.—Anuncio del Almanaque.
CARICATURAS, por DOE JUNIPERO.

MENESTRA SEMANAL.

Parece poco ménos que imposible, que un hombre salga de su casa siendo una cosa, y se vuelva otra; pero es lo cierto que de Puerto-Príncipe salió dias atrás un hombre, valiente, eso sí, y ha vuelto un héroe.

Ese hombre convertido ya en un héroe, es el comandante Montaner.

Este apreciable sugeto, que hoy tiene el privilegio de atraerse la atencion pública, es un distinguido oficial, segun informes que á JUAN PALOMO le han dado, que se encuentra atrasadillo en su carrera, puesto que lleva diez y seis ó diez y ocho años de capitán, habiendo obtenido por la revolucion de Setiembre el grado de comandante, y ahí se plantó; salvo error de suma ó pluma, como se dice en la contabilidad mercantil.

Tambien le han contado á JUAN PALOMO que el comandante Montaner es autor de unos magníficos planos de los montes de Najaza, perfectamente detallados y que demuestran un gran conocimiento del terreno, que acaba de ser teatro de su valerosa hazaña.

Así se comprende que haya verificado en poco tiempo tres magníficas escursiones, con tan feliz resultado.

Estas noticias te las cuento, amigo lector, en confianza y por vía de preliminar; pues muy pronto espero recibir datos más estensos para hacer la biografía de ese valiente, que la isla entera admira, y cuando estén en mi poder ofrezco trasmitirtelos, porque yo soy así, en cuanto sé una cosa la digo á todo el mundo, convencido de que un secreto está mejor guardado entre muchos, puesto que cada uno lo cuenta á su manera, le quita y le pone, y la verdad no se puede averiguar.

Por hoy me limito á dirigir un entusiasta saludo al bizarro Montaner y á los valientes oficiales y soldados de la columna que tan inmarcesibles laureles ha conquistado en esta gloriosa jornada.

Noventa y tres insurrectos han besado el polvo; y el cañon que en una traidora emboscada

arrancaron al desgraciado Portal, está otra vez en nuestro poder.

Portal está vengado.

No quiero decir con esto que noventa y tres mambises valgan lo que un Portal, pues ya sé que ni tres veces noventa y tres llegan á valer, no digo yo Portal, ni lo que vale el último corneta de un batallon; pero vamos al decir, que ya tenemos eso cobrado á buena cuenta y en el libro de caja un saldo á nuestro favor, que haremos efectivo muy pronto.

Con cobradores como Montaner, le digo á V. que bien pronto nos redondeábamos.

Al laborantismo le ha salido un grano en la nariz.

Mira de frente, y el grano se le presenta en la misma punta, haciendo la competencia á la farola del Morro.

Mira de reojo y el grano le hace tanta sombra como á la junta cubera está haciéndole el perínclito Quesada. Se mira la nariz en la sombra, y el grano toma proporciones gigantescas.

Cierra los ojos, é impresa aun la imagen en la retina, lo vé ocupando el centro de un círculo de multitud de colores, que giran con vertiginosa rapidez al rededor del grano.

Unas veces el dichoso grano parece tomar la forma de un buey ex-suelto (perdonen ustedes el modo de señalar), y otras toma las proporciones de un Itúrbide.

El laborantismo suda la gota gorda y tiene miedo de aquella prominencia, que para ser faro no le faltan más que las luces.

Ese grano es el general Quesada.

Figúrense ustedes una mole tan alta y tan callada como la chimenea de un ingenio, rodeada de una turba impaciente de chiquillos, cuya infantil curiosidad desea saber lo que tiene dentro, y que esperando de este modo conseguirlo, le arrojan piedras, le gritan y le dirijen duras increpaciones, y tendrán una idea del cuadro que ofrecen en Nueva-York los emigrados cuberos y su ex-héroe.

Los brazos que arrojan la piedra son *La Revolución* y el *Diario cubano*: el choque de la piedra contra el impenetrable muro, produce un sonido prolongado y parecido á una voz que desde el fondo de un tinajon gritase:—*Es un secreto de estado!*

En resumen: la junta, con todo su poder, con todos sus vocales y consonantes, con todos sus triunfos tan decantados, con todas las ex-pese-

tas de Aldama (perdonen ustedes si abuso del *ex*, pero no tengo otra manera de nombrar las cosas que ya pertenecen á la historia) con todo esto, decimos, no ha logrado aun averiguar si Quesada es ó nó general en jefe del ejército libertador, si ha sido ó nó depuesto por la Cámara.

A todas las indirectas, que á guisa de Padre Cobos, le están soltando, el ex-hombre de la insurreccion contesta impasible:—*Es un secreto de estado!*

Y el que quiera saber más, que estudie en Salamanca.

Abrió, sí, por un instante la boca para soltar un manifiesto, cuyo mérito estriba en que nadie lo entiende.

«Ah! viene á decir, *oh! uh!*»—y con esto parece que alude á los vocales de la junta.

Me desgarran el corazon, añade: *cierro los oidos á todo lo que no sean los lamentos de la patria.*

Sí, pues fresco estás si has de oir los lamentos de tu patria. Para eso hay que empezar por tener patria.

Jesucristo, cuando lo crucificaron, dijo siete palabras: Quesada, que se cree otro redentor, cuando lo están crucificando sus mismos parciales, solo pronuncia DOS PALABRAS y cree que ha dicho tanto como el primero; ó *semos* ó *nó somos*.

Mas si los laborantes han sido poco afortunados con el general, en cambio las insinuaciones del *Diario cubano* han obtenido un triunfo de *primo cartel*.

Doña Emilia ha presentado las cuentas de todas sus funciones.

A mi vista están (no las funciones, sino las cuentas); y por ellas me entero de que Doña Emilia tiene libro de cuentas corrientes, y otros talones, aparte de los suyos naturales, y libro de *cheques*. Lo que no aparece que tenga es marido y una cosa, que no quiero nombrar, y que suelen pintarla de color encarnado.

¿Me quieren ustedes explicar, qué papel representa el Sr. de Villaverde en casa de la mujer del esposo de doña Emilia?

Para espresar que una persona ni pincha ni corta, ni es *chicha* ni *limoná*, hemos tenido hasta ahora la costumbre de decir que está como San Jinojo en el cielo; pero de aquí en adelante, será más propio decir, como *Villaverde en casa de su mujer*.

¡Ah, ya caigo!

El C. Villaverde se ha estado ocupando en escribir un libro, cuyo título es: *La insurrección á vista de pájaro*.

¡Valiente pájaro está el Sr. de Villaverde, y valiente pájaro su mujer!

La junta, los *junteros* y los *juntables*, han regalado una espada al general Jordan.

¡Viva el rumbo!

¿Y para qué?

—Pero, hombre, no tiene V. frío? le preguntaron á un individuo que una noche de las más crudas del invierno iba por las calles de Madrid sin más abrigo que una levitilla de verano.

—Lo que no tengo es capa, contestó tiritando.

Así ha podido decir Jordan.

—Lo que no tengo es valor: espadas me sobran.

Pobre señor de Jordan! Estará tan satisfecho con todos esos obsequios, que él mismo empezará á creer que efectivamente es un héroe capaz de conquistar todas las patrias que se dejen conquistar.

Qué orondo estará con su espada y todo.

¡Ay infeliz! recuerda lo que le pasó á Quesada.

Llegó á Nueva-York, y salieron á recibirle con luminarias; infinidad de varas de percalina se echaron al aire; aquel día no quedó ni una estrellita que no saliese á relucir; las suripantas se adornaron con sus mejores galas; doña Emilia estrenó un diente; el Sr. de Villaverde se reía hasta por los talones de los calcetines; todo era júbilo en el pueblo.

Pero, ¡ay, cómo cambian las cosas! En periódicos, cartas y á voz en grito, dirijen hoy denuestos sin cesar al *invicto*, los mismos que aquella tarde derrocharon tanta alegría.

¡Ay, señor de Jordan, qué en peligro le veo á V. de que le suceda una cosa igual, con la espada y todo!

Encuentro una novedad en los periódicos de la Península, que bien merece un puestecito en la *Menestra*.

Ha llegado á Madrid el *quiromántico* Carlos Givard. Así dicen los anuncios.

Este señor *quiromántico* tiene la rara habilidad de adivinar todo lo que ha de pasarle á uno con solo que le mire la palma de la mano.

Nada hay secreto para ese hombre, si no se toma la precaución de ponerse guantes.

Es una especie de gitana reformada.

Pero, un servidor de ustedes, desde que vió ese anuncio se ha dado un poco á la *quiromancia* y yase atreve á leer algo en la palma de la mano.

Por ejemplo, si el general Quesada me alargara la *idem* derecha, en el acto comprendería que era para pedirme dinero ó el reloj.

Si le viese á un hombre esas tres rayas que todos tenemos en forma de M, una especie de línea negruzca, diría sin vacilar que no se lavaba las manos hacía tiempo.

Por último, si una niña bonita me mostrase una línea casi imperceptible en la primera falange del dedo meñique y me dijese además que tiene cien mil duros de dote, no titubeaba en anunciarle que muy pronto ha de encontrar novio.

JUAN PALOMO.

MISERIAS HUMANAS.

CUADROS AL PASTEL.

1.

LAS CASAS DE PRÉSTAMOS.

De las casas de préstamos puede decirse lo mismo que de la mala yerba; se desarrollan y multiplican que es una bendición de Dios, aun en estos pícaros tiempos, y precisamente porque son tiempos pícaros.

Las secciones de anuncios de los periódicos y millares de abigarrados letreros diseminados por la culta Habana, pregonan á grito herido y con seductora redacción, que en tal y cual parte se *da dinero*, sobre prendas, etc.

De las verdaderas condiciones bajo las cuales se hacen los préstamos, el dadivoso especulador hace siempre caso omiso, por modestia, seguramente; es una medida que la prudencia le aconseja, porque esas bases, condiciones, reglas ó como se las quiera llamar, son el alma del negocio, la cuestión privada, la parte sensible, el disfraz de la usura, la doctrina en acción del sistema moralizador adoptado por los prestamistas al por menor.

El que las casas de préstamos prosperen hasta el punto de escitar la envidia y la competencia, es el mentís más solemne que pudiera darse á nuestra cacareada riqueza, al bienestar y holgura, que á juicio de propios y extraños, gozamos todos los habitantes de esta capital, juicio formado en vista de la afición dominante que hoy cunde á *dar dinero* á todo el tonto que lo quiera tomar. Nada hay más tentador que el lucro sin riesgo.

Mientras más pobre es un barrio, más casas de préstamos se establecen en él; esto se explica fácilmente por la frase de un paisano mío, que al saber que iba á fundarse un hospital en la *Macarena* de Sevilla, exclamó: «*Bien pensado, donde está la llaga se pone el ungüento.*»

El desarrollo de esa fácil industria, está en razón directa con el abatimiento, con la muerte de todas las demás, porque ella es el vampiro, ó cosa así, que chupa la plata de más de un cadavérico bolsillo. En épocas normales, cuando los pueblos florecen á impulsos del general bienestar, las casas de préstamos no tendrían siquiera razón de ser, porque ellas son las consecuencias inmediatas de la penuria; una situación de prolongada tirantez les dá vida, la miseria pública las nutre, y la desgracia las enriquece. —Para decir esto me he puesto más formal que un macero del Ayuntamiento.

Puede decirse que esas casas donde se *da dinero*, constituyen el barómetro de las vicisitudes humanas. Cuando una no interrumpida sucesión de acontecimientos calamitosos seca las fuentes de producción, matando el comercio y aniquilando la industria; cuando los medios de subsistencia escasean, y el pan se pone caro, y el trabajo se paraliza, entónces es cuando los prestamistas al menudeo realizan más pingües beneficios. Los talleres y establecimientos industriales, centros de laboriosidad y honradez, cierran sus puertas; las casas de préstamos abren las suyas; la falta de compradores en las primeras es una garantía de que á las segundas no han de faltarles parroquianos.

Hay una palabra dulce, mágica, arrebatadora, que tiene para los oídos del prestamista el argentino sonido de la onza de oro; es: *la crisis*! Porque la crisis simboliza para esas buenas gentes el único pelo con que pintan á la calva ocasión.

Se me dirá que siendo voluntario el compromiso que en las casas de préstamos se contrae, no hay lugar á quejas; el especulador no impone su grangería á nadie, lo más que hace es anunciarla bombásticamente, pero sin pizca de malicia, y libre es todo el mundo de no utilizarla si no le conviene.

Pero yo no me quejo, ni las ataco, ni me meto en los revueltos pliegues de una camisa de once varas; solo que á tal trozo de lógica bursátil, podría contestar, candorosamente, por supuesto: —Muéstresele un pedazo de pan al que desfallece de hambre, y pídale por él la mitad de la vida que le queda; el pan será adquirido á ese terrible precio, y la transacción se habrá llevado á cabo con todas las fórmulas de la legalidad.

Y yo no tengo la culpa si nuestras sábias leyes no piensan en el presente caso como el prestamista y este su atento y seguro servidor.

Hay casas de préstamos que se han hecho célebres por la vasta extensión que, en su deseo de ser útiles á la humanidad, han dado á sus negocios. No solo comercian con piedras y metales preciosos, sino que no se desdennan de ad-

mitir hasta la más modesta prenda del más humilde equipo. Esas casas tienen todas las apariencias de un inmenso bazar, dolorosamente extravagante, que por lo heterogéneo de sus mercancías y el visible mal estado de ellas, podría llamarse *el bazar de la miseria*.

Allí se vé la gastada levita de paño del honrado menestral, ostentando una ficticia juventud, merced á la pasajera brillantez debida al desapiadado frote del cepillo; allí el blanco traje de la desposada de ayer y los zapatos á medio usar del desgraciado que se fué descalzo, devorando el insuficiente alimento, fruto de su sacrificio; allí los diminutos pendientes, único adorno de la adorada hija, debido á la santa vanidad de sus pobres padres; allí la delgada colecha cuya falta del lecho hace estremecer de frío miembros enflaquecidos por la miseria; allí la blanca aunque zurcida camisa del artesano, su sola prenda para engalanarse con ella el domingo, y que llevó á empeñar la noche del sábado, en que llegó á su casa sin dinero, porque no encontró donde ganarlo, y sus hijos le pidieron pan!

Observemos esa pobre camisa: en la pechera se notan algunas ligeras manchas que alteran la blancura del lienzo... son lágrimas, son los testigos de un dolor acerbo, de uno de esos dolores que solo pueden soportar sin desesperación corazones cristianos; el triste jornalero conservará sobre sus cansados miembros el harapo que los cubrió durante la pasada semana.

Pero ¿qué es esto? ¿Pues no estoy escribiendo un artículo lacrimoso para el festivo JUAN PALOMO?

Si he de seguir así, mejor es dejarlo, y de esta opinión serán sin duda también mis benévolos lectores.

¡Viva el dinero, y el préstamo y el rumbo, y punto final!

JUAN PEREZ.

LAS DOS TEAS.

Fiat lux, dijo el Creador, y quedaron formados el Sol y todas sus sucursales, que son los ojos de las muchachas bonitas.

El hombre, que está hecho á imagen y semejanza de Dios, según dicen muchos, y á mí me parece que, si acaso, todo lo más es una imagen, una copia, sacada en una fotografía de á peseta la primera prueba; el hombre, digo, tuvo también, por no ser menos, su *fiat lux* y brotaron todas las luces, desde la de gas hasta la de fósforos de cerilla; no incluyendo en esta cuenta las luces del Sr. de Villaverde, porque son tan insignificantes que no se sabe en qué escala colocarlas; pero sí las del ministro Aguilera, que siempre está *alumbrado*.

El mambi, que es la degeneración del hombre, la copia mal hecha de la fotografía *pesetera*, soltó un berrido en Yara y creó también su luz: la tea.

Tan rara candileja estuvo alumbrando una parte de los campos de Cuba, donde el Sol de la patria se había eclipsado; y el aceite, la pez ó la grasa para mantener viva la llama, tenía el encargo de ponerla un tal Miguelillo; que no ha sido más que el *farolero* de toda esta quisicosa.

Pero como no hay más que abrir en cualquiera calle un establecimiento de ropas y bacalao frito, por ejemplo, para que á los pocos días se vea á los pocos pasos otra tienda igual, puesta por algún individuo á quien ha parecido magnífica la idea del vecino; de aquí que enfrente de la tea del incendio, haya aparecido otra tea, la de la discordia, haciéndole la competencia.

Y aquí te quiero ver, escopeta!

Esto matará á aquello, ha dicho un hombre célebre. Esta matará á aquella, digo yo parodiando sus palabras.

Los vecinos del mundo mambi, viven como el pez en el agua, no siendo las aguas del Jordan, por supuesto. Tenían su cámara, su presidente, sus ministros, su ejército; en fin, cuanto un hombre necesita para estar como un reló, la víspera del *meeting* de Quesada.

Miguelillo pagaba el gasto y todos le daban gusto ofreciéndole votarlo (con V) para Presidente el día que hubiese algo que presidir.

Pero se acabó el dinero, y allí fué Troya!

—A oscuras no hemos de estar, dijeron los más atrevidos y encendieron la tea de la discordia.

Y cómo brilla desde entonces!

Se reparten sus fulgores *La Revolución*, *El Diario Cubano*, *La estrella Solitaria* y *La voz del Pueblo*. Son cuatro periódicos dispuestos todos á defender una misma idea, pero con garrote en mano y repartiéndose entre sí linternas mayúsculos, sin duda para que la armonía se consolide á macha martillo y se incruste en el cuerpo como una cuña.

«D^a Emilia debe dar cuentas;» dice *El Diario Cubano*.

«El Sr. de Villaverde, con cara fosca y tono amenazador, nos pide que rectifiquemos;» palabras del mismo diario.

«Se equivoca *La Revolución*. La carta que el C. José Morales Lémus dirigió al Director del «Diario» aplaude la actitud del nuestro bajo un punto de vista general, y no concreto.

Hicimos mención de ella, sin embargo de que era privada, porque nos pareció conveniente hacerlo así, del mismo modo que á *La Revolución* no pareció conveniente hacer mención de la suya. No todos hemos de pensar igual, ni nos hallamos todos en un mismo caso.»

El Diario, sacudiendo un palo á sus compinche.

«Nos habla de legalidad, de buena fé..... Ojalá que tuviéramos la seguridad de encontrar la una y la otra en el general Quesada.

Sus palabras no nos convencen: queremos pruebas, queremos hechos, y cuando se le piden, se envuelve en su manto cesáreo y responde que no puede darlos, porque son un secreto de Estado.»

El mismo periodiquin mordiendo al ex-perinclito.

«Han pasado dos meses, cuatro meses, cinco meses, medio año; hemos estado esperando día tras día, que llegase á nuestros oídos el resultado de la averiguación (sobre el fracaso del «Lillian») y que se nos designase el culpable, ó los culpables, si los hubo, como parece cierto; y cuando por fin, nos hemos determinado á preguntar en qué estado se hallaba ese asunto; nos contesta el mismo C. Mestre que está paralizado,—y no por culpa suya.—

Y añade el C. Mestre, que la causa de la detención es el haberse negado otro ciudadano á dar cuenta de la inversión de las fondos empleados en la preparación del «Lillian», pues las presentadas le merecen un calificativo que por ahora se abstiene de espresar.»

Música! Música!—Chin... ta...ta...chin...chin...chin...

De todo esto parece resultan que todos son muy caballeros, pero que la capa no parece.

«Ni hoy tampoco diremos lo que pensamos sobre las cuentas publicadas por la Sra. Villaverde en *La Revolución*. Para hacerlo quisiéramos saber antes si dicha Sra. no ha tenido intervención en ningún otro asunto, con el objeto de allegar fondos para la causa de Cuba, fuera de los que se mencionan en las cuentas espresadas.»

Doña Emilia puesta en prensa de nuevo por el *Diario*.

«Las cuestiones de dinero, sobre todo, que son las más delicadas, son las que más frecuentemente vemos convertidas en geroglíficos.»

El mismo periódico haciendo sudar el quilo á los patriotas.

Y á todo esto la sesuda, cachazuda y grave *Revolución* hace como quien no oye ó no entiende, y sigue su marcha al paso de andadura con dirección á su bello ideal, que es ver en ropas menores, muy menores, á Miguelillo el farolero.

Berridos, gritos, imprecaciones, mordiscos y las conciencias al aire libre; este es el cuadro que presenta el laborantismo, cuadro que el intencionado lápiz de Landaluze pintará á ustedes mejor que yo lo pueda hacer.

«Un clavo saca otro clavo;» dice el refrán: una tea apagará la otra tea.

Todo es cuestión de una letra, del alfabeto y de cambio. La tea se apaga porque Aldama no paga.

JUAN DE AUSTRIA.

LAS DOS PALABRITAS.

El señor Quesada,
sugeto famoso,
que de la manigua
se marchó hace poco.
El señor Quesada,
general de á fóllo,
que ganó combates,
con su mucho arrojo,
y sin que él supiese
ni cuándo ni cómo,
se encontró en sus manos
el reloj del prójimo.
Ese caballero
de tanto meollo
se ha quedado mudo,
se ha quedado sordo,
se ha quedado triste,
se ha quedado absorto.
De su boca salen
dos palabras solo,
dos solas, que dicen,
que... comamos todos!

Al ver su mutismo,
un par de periódicos,
que temen sin duda
que les quite el *monio*,
metiendo en la tinta
el brazo hasta el codo,
le pinchan, le zajan,
le insultan ¡qué asombro!
le acosan, le apuran,
le zurren el polvo,
le abrumen, le pegan,
le escupan al rostro,
le tiznan, le mojan,
le ensucian con lodo,
lo matan, lo aturden
con gritos muy gordos;
y el señor Quesada,
con todo su aplomo,
con dos palabrillas
les contesta solo;
con sus dos palabras,
que... comamos todos!

—Que contestel dicen;
que nos diga cómo
se viene á esta tierra
buscando acomodo.
—Por qué de *Cubita*
se aleja tan pronto?
Por qué no presenta
sus títulos todos?
—Es aun de las tropas
jefe valeroso?
—Ha sido depuesto?
—Qué hace de los fondos?
—Dónde está mi anillo?
—Dónde mi cronómetro?
Y el señor Quesada,
con aire de zorro,
dos palabras dice,
que... comamos todos!

«Yo de la Res-pública
he sido el apoyo,
murmura Quesada
en su soliloquio;—
nada echarme en cara
podrán esos bolos,
pues si me echan algo
que valga, aunque poco,
con gran disimulo
lo pillo y lo escondo.
¡Robar á la patria
mi valor indómito!
¡Robar mis servicios!
¡Robarle mi apoyo!
(Se vé que le gusta
la palabra *robo*.)
Cubanos *cuberos*,
dos palabras solo
quiero repetiros,
que... comamos todos!

«Prestense en buen hora,
continúa el prójimo,
á *Cubita* libre
los ricos tesoros.
Cuanto más pidamos,
mejor para todos.
Yo no os pido cuentas,
no pidais tampoco
que las dé quien dice
en diversos tonos
que siempre el buey sueño
bien se lame solo;
y en eso de bueyes
sabéis que soy voto:
Cubanos, por Cristo
que... comamos todos!

«Si queréis, ingratos,
mi pecho hacer trozos,
desgarrarlo os dejo
y á todos perdono;
pero si al bolsillo
le llegan los rotos,
ni Cristo, ni nadie
aplaca mi enojo,
y con una tranca
la cabeza os rompo.»
Y el señor Quesada,
sugeto famoso,
que de la manigua
se marchó hace poco;
haciéndose el mudo,
haciéndose el sordo,
con dos palabrillas
les contesta solo
á los que preguntan
dónde están los fondos.
Estas dos palabras:
que... comamos todos!

JUAN DE LAS VIÑAS.

YA LLEGO LA HORA.

Ay! respiro.
Una deuda pesa como el plomo, cuando hay intención de pagarla; por el contrario, si no se abriga tales deseos, presta ligereza para escapar del acreedor.

JUAN PALOMO tenía desde hace tiempo una con el público, y no ciertamente de estas últimas, sino de las primeras, de las que pesan y no poco.

Ya está pagada: ya puedo mirar frente á frente á mis suscritores y decirles:—Estamos en paz.

Ya puedo encararme con los murmuradores, y no decirles nada; pero si mirarlos de una manera, que signifique:—Han quedado ustedes lucidos con sus juicios temerarios.

Ay! respiro.

Desde hace ocho días que el anunciado y reanunciado *Almanaque* está en poder de los que tenían derecho á él, y á disposición de los que querían comprarlo; se me ha ensanchado el pulmon más de una cuarta y vivo libre, feliz é independiente de todo cuidado, si no es el natural que me dá pensar si habrá gustado ó nó la obrita al público.

¿Ha salido tarde?—No es culpa mía.

Que vengan, que vengan aquí los más impacientes y verán cuántas dificultades hay que vencer, cuántos resortes hay que tocar, cuántas contrariedades se presentan, qué acopio de paciencia y de fuerza de voluntad se necesita, para dar cima á un trabajo de esta especie, nuevo en este país, donde no hay grandes elementos para hacer las cosas con la premura que se consigue en otras partes.

¿Se dan ustedes por convencidos con estas razones? Hombre, sí; convénzanse ustedes, porque estoy hablando con el corazón en la mano y la verdad en la punta de la lengua.

Tratemos ahora un poco del libro. A los que lo han visto nada hay que decirles: los que nó, bueno es que sepan, que contiene ochenta páginas como ochenta soles, aunque me esté mal el decirlo, muchos grabados intercalados en el texto y lectura abundantísima para todos los gustos, todos los gastos, todas las edades, todos los sexos, todas las estaturas, todos los estados, todas las clases, todas las opiniones, todos los cuerpos (inclusos los de guardia), todas las almas (contando también á las de cántaro), todos los temperamentos y todas las temperaturas.

Y si nó, prueba al canto.

¿Eres, lector, uno de esos hombres á quienes la risa les retoza por el cuerpo continuamente y estás deseando encontrar pretexto para dejarla salir; ó tú, lectora adorable, tienes la dentadura bonita y quieres reírte con frecuencias para enseñarla? Pues entonces lee una poesía de Blasco ó un artículo de Frontaura. ¿Deseas reiros y al mismo tiempo embelesaros con una dicción castiza y elegante y un gusto literario exquisito? Pues ahí teneis el segundo capítulo de la novela: *Ahí va eso*, escrito por Ariza.

¿Deseas conocer las glorias de un militar valiente, de un hombre esclarecido, de un gobernante recto y entendido? Pues encontrarás la biografía del General Caballero de Rodas, precedida de su retrato, primorosamente hecho y con exacto parecido.

¿Tienes, lector, afición al lenguaje poético, á las imágenes floridas, al sentimiento expresado con verdad y galanura? Recréate con *Los Duendes* de Tula Avellaneda: *El Olivo*, de Felicia; *Las Flores*, de Angela Grassi; *No sueños*, de Rosalía Castro de Murguía; *En el álbum de Evelina*, de Luisa Pérez de Zambarda, y otras y otras, entre las cuales ocupa un lugar preferente el popular Teodoro Guerrero, mi amigo querido.

¿Eres hombre que desea conservar en la memoria hechos recientes y gloriosos? Ahí tienes el *Paso de Cubitas* y *El Ataque de Las Tunas*, contados con toda verdad y datos auténticos.

¿Tú deseas un artículo de curiosas noticias y escrito con la facilidad y buen estilo que lo hace siempre D. Cesáreo Fernandez? *Transporte singular*, cumple tus deseos.

Ya te veo de venir, *cuco*! Tú eres apasionado de Castellar. Cuando yo lo digo! *Lord Byron*.—Una página de su vida, satisfará tu afán.

Señores políticos, los que más os habeis ocupado de las cosas de Cuba, los que aún llorais al inolvidable Castañón, los que habeis admirado su talento y su valor; rendid un tributo al mártir recordando las célebres cartas de Juan Fernandez al general Dulce. Allí es tan todas coleccionadas.

Te conozco! eres mozo de pelo en pecho, que no ves más acá ni más allá que tu España querida y el triunfo de los *gorriones*. No te vayas sin leer el poema *El Gorrion en Cuba*, obra de varios ingenios incombustibles.

¿Patriota eres? *La Bandera* de Ruiz de Aguilera te vá á poner más contento que unas pascuas.

Y V., apreciable sugeto, á quien acaba de tocarle el premio gordo de la lotería, y se ha casado hace ocho días con una mujer jóven, buena, bonita y barata y de contra con pesetas; y no siente nunca calor ni frío, ni está muy gordo, ni muy flaco, ni le incomedan los mosquitos, ni la lavandera le pone mucho almidon en las camisas, ni le aprietan las botas, ni oye hablar de mambises; que está vacunado y lleva barba corrida para no tener que aguardar al barbero; en una palabra, V. que es tan deliciosamente venturoso, que sentir aburrimiento le parecerá una cosa feliz por lo nueva; coja V. un escrito de cualquiera de los *Juanes*, que aquí estamos á disposición de V. (hasta cierto punto) y se proporciona V. esa emoción desconocida.

Y no menciono muchas más firmas, todas recomendables, é infinidad de caricaturas, porque sería cuento de nunca acabar y es menester hacerlo pronto.

Público en general, si quieréis encontrar buen deseo de complacerte, servirte, alegrarte, rejuvenecerte, mimarte y todos los acabados en *arte ó arte* como viva el rumbo! mira el libro de cualquier modo que sea, abierto ó cerrado, por el lomo ó por la cubierta.

No hay obra perfecta. Las faltitas que ahora se noten se subsanarán en el próximo.

Y no les quiero decir á ustedes más, sino que ya se está trabajando en su confección para que salga bonito y más á tiempo que este.

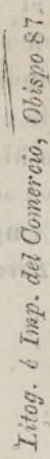
He dicho.

JUAN PALOMO.



La Cacería de Cayo Guajaba.

Ayuntamiento de Madrid



La misma armonía que existe en el campo insurrecto, se observa también entre los periódicos mambises de N. York. Los organillos de Quesada, de Morales Lénus y del Club empiezan á disolverse mutuamente.

EPISTOLAS A "JUAN PALOMO".

NUEVA-YORK, 5 DE MAYO.

Ha sido tan sabia la Providencia, que á cada veneno le ha puesto su antídoto, á cada cosa su opuesta; de modo que el *cosmos*, el mundo moral y material, es una combinacion de contraposiciones.

De las tinieblas salió la luz, de la nada la materia: el hombre es el conjunto del espíritu y del cuerpo, el mundo es la combinacion de la tierra y del áire, del agua y del fuego.

No hay punto en el globo que no tenga su antípoda, como lo tienen todas las cosas así concretas como abstractas: del mal lo es el bien; del vicio la virtud, del calor el frío, de la verdad la mentira, de la vida la muerte.

Yo no sé si alguno ántes que yo ha descubierto esa ley, pues tiempo de sobra ha habido para ello; pero sí sé que este principio es tan exacto como el de la atraccion universal que descubrió Sir Isaac Newton.

Efectos iguales reconocen iguales causas; esto se ha dicho.

Efectos parecidos reconocen causas semejantes; esto no se ha dicho, y, sin embargo, así ha sucedido en el caso de que me ocupo.

Porque si la causa del descubrimiento de la ley de «atraccion universal», por el célebre matemático inglés, fué el haberle caído una pera en las narices; la causa que ha dado lugar al descubrimiento de la ley de «contraposicion universal» ha sido el haber yo dado de narices con una relacion que publicó el *Times* del sábado pasado.

Esa relacion es la contraposicion, el contraste del manifiesto de Quesada: como si dijéramos, su antídoto.

Hácela un jóven americano que salió de aquí con la expedicion de Ryan, que ha visto muy de cerca el gobierno que *funje* en la manigua, que la ha recorrido palmo á palmo, que ha sido testigo ocular del «estado próspero» en que se halla la república, que ha sabido apreciar el valor y denuedo con que se baten los mambises, y que, por fin, ha tenido la suerte de escapar con la badana entera, aunque curtida, para venir á aconsejar á sus paisanos que, por desesperados que estén, no vayan á pelear en favor de Cuba libre.

Pero ese jóven ha debido *correr* muy poco por la manigua; pues no ha visto las fábricas de zapatos, ni los depósitos de armas, ni los polvorines, ni nada de todas esas cosas que nos contó el periclitado Quesada.

Dice que los soldados cubanos tienen unas vitolas estafalarías, que van desnudos, que se visten de muger cuando encuentran *tánicos*, que no llevan armas, pero que en cambio llevan un hambre que los vuela. Así se explica que corran tanto.

Las mujeres y los niños van desnudos, lo cual es una ventaja para que se acostumbren á la libertad de enseñanza.

Dice que los más valientes de los mambises son los chinos y después los negros, y que el esconderse en una cueva y gritar ¡viva Cuba libre! es reputado entre ellos como una heroicidad sin ejemplo en los anales de la historia.

Explica cómo 20 españoles hicieron correr á todo un ejército de 500 hombres al mando de Marcos Diez, y cómo en otra ocasion el general mambí Hernandez se encontró sin gente y sin saber dónde se hallaba, y cómo, después de haberse retirado los españoles, volvian á reunirse su gente, que se había desbandado, y cantaron victoria.

Y explica además otras cosas muy curiosas que no te puedo contar porque me falta el tiempo.

Los laborantes andan á regañadientes, como los monos, y la que más los enseña es Doña Emilia, porque los lleva postizos.

La *Revolucion* ha publicado las cuentas de la gran capitana, en las cuales se demuestra que en picos...pardos ha gastado todo el dinero recogido.

¿Recuerdas el cálculo que tiempo atrás hice de una de esas funciones á beneficio de los cubanos indolentes, quiero decir, indigentes?

Pues cotejalo con las cuentas de la gran capitana y verás como no hice las cuentas sin la huésped.

La *Revolucion* se empeñó en que hablara Quesada.

Quesada se empeñó en estar muio.

Insistió la *Revolucion*, y por fin, habló el *buey* y dijo:

«mu...do me quedo aunque me estrujen. No me importa un cuerno lo que digan.»

La *Voz del Pueblo* es el último periódico que ha salido; ya te diré el nombre del que ha de seguirle, en mi próxima carta, pues está visto que salen á razon de órgano por semana.

Como todo es cuestion de *palabras* entre los laborantes, se hacía preciso una *voz*; de ahí la publicacion de ese *órgano vocal*, que es el *órgano*..... de cualquier *vocal* de la junta ó del club, que vá en busca de *consonante*.

Ya se van quitando las caretas, y pronto tendrá fin el *Ballo in Máscara*.

JOHN BULL.

PUERTO PRINCIPE, 6 DE MAYO.

Marzo tonante y Abril pluvioso

Traen á Mayo florido y hermoso.

En este refran del tiempo de Mari-Castañas, como todos los refranes, pero tambien como ellos, lleno de verdades como puños, tienes gráficamente retratada la situacion actual del Camagüey, JUAN PALOMO.

Y cuenta que no exagero ni me voy del seguro, asegurando el chiste; nó, hijo mio, nó: esa es la verdad de Perú-Grullo, pero al fin la verdad.

En Marzo vino á Puerto-Príncipe el general Caballero de Rodas, y la insurreccion sufrió con su llegada los efectos del trueno gordo. Y a me río yo de las tormentas del Cabo de Buena Esperanza y del mar de la China, comparadas con la que arreció sobre esta pobre gente desde aquel día. Con decirte que los truenos los han hecho trinar de gusto y que sus trinos son como la maldicion del gitano, no te lo habré dicho todo, pero me he explicado algo, y tú aclararás el resto.

Pero á Marzo le dió *múis* ese consuetud que se llama el Tiempo, y tuvo que abandonar la escena, para que la tormenta no se convirtiese en huracan.

Entónces Abril se apareció por aquí con una cara risueña, tanto que daba gusto el contemplarlo y que hacía llorar de risa; él tambien de conmovido que estaba lloró, y su llanto llegó á convertirse en lluvia..... de palos sobre las costillas de los mambises. Pero ¡qué palos, JUAN de mi alma, qué palos! El intrépido Montaner, el incansable Fajardo, Chinchilla, Benegasi, Cubas, Báscones, Verjel, Pasaron, Gamarra y tantos y tantos otros bizarros militares y contra-guerrilleros, que tan bien han comprendido y secundan las órdenes de nuestro General, se encargaron de representar esalluvia, cayendo en el campo mambí, así como quien dice, de sorpresa en sorpresa y poniendo tan mojadas y alicaídas á las liebres de la indio-pendencia, que ni con el flegode sus maldiciones y el calor de sus bravatas llegan á secarse.

Llúvia benigna, llúvia prodigiosa y deseada ha sido esa para nosotros, JUAN PALOMO, porque merced á ella, ahora que comienza Mayo vemos florecer en el campo el olivo de la paz, precursor de tantos bienes perdidos, paño de lágrimas que recoge el llanto de tantos ojos, bálsamo restaurador que cura las heridas causadas á este rico y codiciado país por unos hombres destituidos de todo..... ménos de malignidad, hiel y cobardia, que las albergan en sus negras almas al por mayor.

Sí: los truenos y las llúvias de Marzo y Abril, han preparado el campo para que la flor abra su cáliz, y al desaliento se suceda la esperanza, y á la tristeza el júbilo.

El hecho es tan claro, que si no lo vé, hasta lo siente un ciego.

Se ha ofrecido á los *libertadores de pátrias* la paz ó la guerra.

Aquella incondicionalmente.

Esta en todo su vigor.

Los que optan por la primera—y son muchos—uno y otro día se acogen á la inagotable clemencia española, que les tiende su generosa mano.

Los que nó, sufren las consecuencias de su proceder, de una manera ejemplar.

A estos últimos pertenecía—y digo que pertenecía, porque supongo que á la hora en que tus lectores lean mi carta, habrá dado cuenta de sus actos á un Juez infalible—el titulado general Domingo Goicuría.

Ya sabes que este antiguo é irreconciliable enemigo del nombre español, que ha figurado desde 1850 en todas las conspiraciones fraguadas en el extranjero y en Cuba, con la intencion aviesa de romper el fuerte lazo de la integridad nacional, y que había sido compinche de

aquel célebre pirata fusilado en Honduras y apellidado Walker, desembarcó con treinta y siete individuos á corta distancia de Gibara, dejando treinta de ellos en el campo para pasto de las áuras y proveyéndonos de las armas que no llegó á introducir.

Convencido probablemente de la farsa insurreccional,—aunque otra cosa dice,—y sabedor acaso de la fuga de sus compañeros de robos, asesinatos, incendios y otras gollerías, Tomás Jordan y Manuel Quesada, se proveyó de un pasaporte que ha contribuido á darle á conocer, y rumbo á Méjico tomaba, cuando un *Soldado* de grandes dimensiones, que dá nombre á una cañonera, hizo presa de su embarcacion, no pudiendo hacer otro tanto con sus tripulantes por echarse á nado á Cayo Guajaba, en donde morirán de hambre los que no parezcan, y en donde fué encontrado Goicuría.

Los detalles de la prision de este ave de mal agüero no han de tener ya interés para los lectores de JUAN PALOMO, porque el telégrafo primero y luego las cartas que mandé á *La Voz de Cuba*, los han adelantado.

Además, puede decirse en dos palatras: era un raton que huyendo del gato se zampó de cabeza en la ratonera y allí le dieron el escobazo del siglo

¿Lo quieres más claro?

De operaciones militares nada te digo.

Estas se llevan á cabo con una precision admirable.

Los Remingtons, Peabody, rifles y demás juguetes de nuestras tropas, contraguerrillas y voluntarios, despachan mambises que es un contento.

Lo mismo se los tragan, que un chico goloso un pape-lillo de suspiros.

Los prefectos están de malas.

Tres van despachados en esta ciudad, y pronto la mercancía vá á escasear, y á no haber entre los libertadores de pátrias, uno que admita el cargo, por lo cargante.

Muchas y buenas cosas se aguardan de las columnas que por este territorio operan, y ya puedes prepararte á recibir una noticia tan gorda como el ministro de la guerra en la república ilusoria, que tan fielmente nos dió á conocer *Don Junípero* el otro día.

No te diré de dónde, porque eso sería indiscrecion, pero sí que la aguardes, que te lo garantiza

JUAN LANAS.

CIENTOS DE MANIGUA.

CUENTO SEGUNDO.

LA SANGRE Y LA TRADICION.

XIII.

Cambia el cuadro por completo; la narracion me obliga á ello, sin que por eso pueda decir el lector que me he pasado al enemigo. Felizmente, la huete mambisa no se percibe de mi presencia entre sus filas, porque para ellos soy invisible, y no les doy el bárbaro placer de entretenerse con mi cuerpo como hicieron en Mayarí con los infelices peninsulares indefensos que cayeron en sus garras. Estos inquisidores del siglo XIX van señalando su paso con el incendio, la destruccion, el asesinato y nuevos horrores que harían arrugar las cejas á Cambises y Atila. Y al leer esta série de depredaciones con que algunos hombres malditos pretenden en Cuba levantar la columna de su libertad, deploro el impedimento físico que no me permite seguir empuñando mi vieja espada, pues no me encuentro satisfecho con el pobre desahogo que me proporciona la pluma.

Al trazar estas palabras, siento sobre mi hombro derecho la dulce presion de una mano querida, y al levantar la cabeza, veo los ojos de mi Carolina, que escudriñaban los renglones, como dando á entender que se hallaba contrariada por haber adivinado mi deseo. Las mujeres son implacables en sus exigencias; no toleran el patriotismo del marido; no le perdonan que sea literato ni artista, porque no quieren que se aleje de su lado ni que piense en nada que no sea ellas; y si las necesidades apremiantes del estómago y del lujo no hablasen muy alto en su conciencia, es seguro que algunas cerrarían el paso á los esposos hasta cuando salen á buscar el pan de cada día. Después de todo, en esa tiranía conyugal hay amor, y debemos perdonar á la mujer, envidiando al marido que sufre tan envidiable persecucion.

Con permiso de Carolina voy á seguir mi cuento. Además, mi última idea es un elogio del matrimonio, y no me atrevo á apoyar la *propaganda* por temor de que me llame al órden el insigne Teodoro Guerrero, barómetro de sus glorias. — Hemos andado de un salto dos leguas: es la distancia que separa la columna que vimos acampada en el capítulo anterior, de una formidable trinchera que los rebeldes habían construido á una legua de Bayamo, como último punto de defensa para cerrar el camino á las tropas españolas que avanzaban con el decidido objeto de apoderarse de la ciudad; la trinchera á primera vista parecía inexpugnable, y solo conociez-

do á los encargados de atacarla y á los encargados de no defenderla (según costumbre), puedo estar tranquilo; me he adelantado con mis lectores, y debo advertirles que no tengo miedo, pues en cuanto vean la gente que guarda el parapeto y oigan sus bravatas, ha de asomar á sus labios una sonrisa de desprecio.

A un tiro de fusil de la trinchera está el campamento insurrecto; de allí salen las avanzadas que cuidan de dar el aviso á la llamada tropa cubana para salir de sus tiendas; son estas unos cuantos bohíos que sirven para recojerse los jefes y guardar la artillería, compuesta de dos cañones de madera, de esos cañones más terribles que los de bronce, pues son como las pistolas descargadas, que asustan al que las usa y al que se amenaza; la campaña de la manigua desde el principio fué una farsa teatral, y á falta de verdad, hay que buscar los efectos con bambalinas y telones pintados. La estrategia de aquellos militares improvisados se adivina á primera vista, y así no es extraño que no conocieran los jefes la táctica de la guerra, ni los soldados los rigores de la subordinación, huyan aquellos á la menor resistencia que se les opone, y corran éstos, no teniendo temor al castigo, ni respeto á la ley del deber y del honor.

En un bohío están varias personas sin armas, en calidad de detenidos ó prisioneros, unos porque se vieron obligados contra su voluntad á seguir á los rebeldes, y otros porque han manifestado después no estar conformes con los principios de la revolución; entre los primeros se contaba el catalán D. Cosme San Feliú; entre los segundos, el isleño D. Felipe, compadre de aquel; San Feliú había protestado una y mil veces contra su arbitraria detención, concitando la ira de los rebeldes, que lo hubieran fusilado ya á no haber mediado la influencia de Armando de Aguirre, que no podía olvidar que era el padre de la mujer con quien estaba ligado por el corazón; D. Felipe había encontrado la prisión en lugar de la plaza de prefecto que Céspedes le había ofrecido por los auxilios de su influencia, motivando este cambio tan poco agradable sus quejas por la tardanza en el nombramiento y después sus palabras poco convenientes al rechazar el giro que tomaba la insurrección, pues pronto llegó á convencerse de que no era simplemente una protesta contra el fisco lo que le había hecho levantarse en armas contra su gobierno; una vez desengañado, quiso volverse á su casa y lo amarraron á fin de que no dudara en adelante de la bondad de los principios que defendía la bandera de la estrella, á cuya sombra se ponían cadenas para proclamar la libertad. ¡Hé ahí la lógica de los pueblos y de las revoluciones!

El buen catalán era una sombra del robusto veguero que conocimos hace tres meses en su finca; los insultos que había tolerado, las hambres que había pasado, sus sufrimientos morales al verse preso y lejos de su hija, sola en el mundo y espuesta á la maldad de los libertadores de Cuba, la mancha arrojada sobre su pabellón nacional por aquellos malvados, habían destruido su organización de hierro, y estaba flaco, demacrado, pidiendo á Dios en su desesperación una hora de triunfo para poner el pie sobre el cuello de sus enemigos, y que le mandara en seguida la muerte, término feliz de la desgracia, último eslabón de la cadena de las desventuras. D. Felipe no había adelgazado, pero estaba triste.

Vestidos de rusia, unos con carabinas, otros con machetes, otros con rifles y algunos con los fusiles de nuestros infelices soldados, sacrificados á traición en la sorpresa de Bayamo, andaban los libertadores por las avanzadas, sin que la subordinación ni á veces el traje anunciara la diferencia de categorías que ellos mismos se habían regalado, teniendo en cuenta la posición social, es decir, el dinero de que cada uno había podido disponer; y esto prueba que las gerarquías de la independencia están sujetas al vil metal que tanto aman los socialistas por su preponderancia. Vigilados por centinelas están sentados á la puerta del bohío nuestros amigos D. Felipe y D. Cosme, tratando el primero de animar al segundo. Oigamos su diálogo, sostenido casi en voz baja para no comprometerse:

—¡Valor, compadre! decía D. Felipe; no hay mal que dure cien años.

—Ni cuerpo que lo resista, añade el catalán encogiéndose de hombros; y el mío dará en tierra muy pronto.

—No seas cobarde; haz lo que yo: á mal dar, tomar tabaco.

—Tú tienes la culpa de lo que nos está pasando.

—Todos los hombres, Cosme, lamentan un error en su vida; no me lo echas más en cara, que bastante lo siento. Creí que íbamos á ser felices, di oídos á embusteros, y caímos en la trampa.

—¿Qué será de mi pobre Adela?..... ¡Oh! si el día de la venganza llega, será un tigre!

—Habla más bajo, compadre, que hay moros en la costa.

—¿Qué has oído, Felipe, de estos movimientos que se notan? Veo á esta gente recelosa, y luego esa trinchera que nos han puesto ahí enfrente de las narices me huele mal.

—¿Quién sabe si la providencia nos amparará? Ayer oí á ese sin vergüenza de Mendez que hablaba detrás de mí con otro peine como él, que también se llama general, de cartón, y esperan las tropas españolas que avancen sobre Bayamo para tomarlo á toda costa.

—Y ¿qué decían estos avechuchos?

—¡Palucha, compadre! ¡Que no pasaría por aquí ni un soldado paton, pues están llenos de entusiasmo!

En los labios del catalán se dibujó una sonrisa; era la primera que á ellos se asomaba desde que los habían cogido prisioneros.

—Ya ves, continuó D. Felipe, que si nuestros hermanos pasan por aquí, quizás pronto nos alumbre el sol de España.

—¡Hágalo Dios!

Un joven, que arrastraba un sable muy largo y que llevaba al cinto cuatro revólvers, cruzó por delante del bohío, y parándose ante uno de los centinelas, le preguntó con mal modo, señalando á los dos vegueros:

—¿Qué hablan en secreto esos patuses?

—No sé, contestó el vigilante sin pararse.

—Estarán murmurando de nosotros y de la santa causa que aborrecen.

—La consinia no me obliga á no permitir que los prisioneros hablen.

—¡Habrá que quemar la lengua á estos perros! exclamó Ignacio Mendez, obedeciendo á su instinto feroz y sanguinario, que el lector pudo apreciar en la reunión preparatoria de Manzanillo.

D. Cosme levantó la cabeza para mirar de frente al cabecilla, impulsado por la cólera.

—¿Qué miras, hijo de Pelayo?

El catalán no contestó.

En aquel momento llegó el capitán Armando de Aguirre á avisar á su jefe Ignacio Mendez que las avanzadas habían dividido en lontananza mucha gente y que debía ser la columna del general Villate.

—Cada uno á su puesto! gritó el cabecilla desenvainando el sable con el mismo énfasis que el *Trovador* cuando se ve provocado por su rival.

Armando clavó los ojos en el padre de Adelaida, y notándolo Mendez, cogió á aquel por el brazo y le dijo al oído:

—Capitan, esos hombres nos estorban, y puesto que vamos á entrar en fuego, bueno sería ofrecerlos en sacrificio al Dios de las batallas.

Armando se estremeció.

—No pensemos en eso ahora, dijo, porque tenemos algo más grave de que ocuparnos; no hay tiempo que perder.

—Siempre fué un mándria este mozo, dijo para sí el cabecilla.

Y llamando á un centinela, le gritó en voz alta:

—Vamos á reñir en gran batalla, y es prudente asegurar á esos miserables; que los amarran codo con codo, y si alguno hace un movimiento ó dice una palabra, que los fusilen por la espalda como traidores.

La orden fué ejecutada en el acto. De los ojos del catalán cayeron algunas lágrimas, pero su corazón latió con violencia. ¿Sería aquel latido el anuncio de la esperanza?.....

(Continuara.)

JUAN SIN TIERRA.

SARTENAZOS

Por el último correo americano, ha recibido JUAN PALOMO una noticia muy desagradable. La de haber sido relevado, sin duda para otro destino mejor, el Cónsul de España en Nueva-York, D. Balbino Cortés, que tan buenos servicios ha prestado á la causa nacional en estas difíciles circunstancias, y que venía desempeñando tan importante cargo muy á satisfacción de todos los buenos españoles residentes en esta Antilla y en la populosa ciudad americana.

Esté seguro nuestro apreciable amigo, de que lleva las simpatías de todo el pueblo leal, por lo mismo que su actividad y patriotismo le atrajo las iras del laborantismo.

Los ayudantes del ex-generalísimo y ex-perincito Quesada, andan por las calles de Nueva-York luciendo un gran uniforme verde, según dicen las cartas de aquella ciudad.

De estos ayudantes no podrá decirse que llevan el corazón en la mano; pero sí el estómago, en la ropa.

Son muy *cucos* los laborantes.

La *Revolucion* pone en todos los números á última hora un telégrama de la Habana diciendo los grados que marca el termómetro y el estado de la atmósfera; y á continuación de esta noticia, y separándola con una rayita, apenas perceptible, esta otra:

«El oro se cotizaba de 114 tres cuartos á 114 siete octavos»

La cosa no tiene malicia. Esa cotización es la de la plaza de Nueva-York; pero puesta así, parece ser de la Habana, con lo cual para muchos, que no estén enterados de los negocios, está aquí el oro á un precio fabuloso, comparado con el que verdaderamente alcanza.

¿Qué tal?

La *Revolucion* nada y guarda la ropa.

Si le hacen cargos, puede contestar:

—Ustedes lo entienden mal, eso se refiere á Nueva York, aunque yo lo callo.

Entienden muy bien el juego los laborantes, solo que juegan á cartas vistas.

Porque vendió á Jesucristo Judas, no fué hombre de bien; Y yo á un escultor he visto, De todo el mundo bien quisto, Que ha vendido más de cien.

JUAN PEREZ.

Con permiso del octavo mandamiento del decálogo, y sin que trate de ofenderle, quiero copiar aquí unas líneas de *La Revolucion*:

«Por cartas de Mérida, dice, sabemos que llegó allí Mateo Orzco, en el vapor *Cleopatra*.

«Lo más curioso del caso es que el *Cleopatra* se detuvo un día en la Habana, que Orzco iba á su bordo, como pasajero, y que llevó su arrojó hasta el extremo de desembarcar en esa caverna de voluntarios, y pasearse sereno por las calles de la ciudad y la plaza de Armas.

«Se nos agrega que apenas fondeó el *Cleopatra* en la Habana, y se presentaron los carabineros, les dijo Orzco: «Yo soy el que mató á Castañón», y ellos mismos no lo creyeron, porque no comprendían tanta audacia.»

Que Orzco se haya paseado por las calles de la Habana, no tiene nada de particular; porque es un sugeto bastante oscuro y más que vulgar, para que nadie reparare en él, si no es para darle una limosna ó apartarse con repugnancia, según la pintura que de él nos hicieron cuantos lo han visto en Cayo-Hueso; pero eso de los carabineros..... atranca la puerta, Chucha, que esa es muy gorda!

Y vamos á cuentas: si Orzco tiene todo ese valor para venirse á la Habana y denunciarse á los carabineros, ¿por qué no se presentó al tribunal de Cayo-Hueso? Ya hemos visto que allí estaba más seguro que en ninguna otra parte, con que.....!

El vapor *Pájaro*, ha traído á su bordo dos de los cañones cogidos por Montaner.

El pueblo de la Habana los recibirá con gran júbilo, y para que la alegría sea más completa, el digno General Caballero de Rodas regala estos trofeos á la artillería de voluntarios, como prueba de estimación y en recuerdo de la campaña inaugurada por él en el Camagüey.

Y no les digo á ustedes más: comprendan con cuánta satisfacción envía JUAN PALOMO una cordial enhorabuena á sus amigos los voluntarios de artillería y qué acopio de fuerza estará haciendo en los pulmones para cuando paseen por nuestras calles los cañones, gritar cientos de veces: *Viva España!*

La QUINCENA, para el correo de la Península, contiene este número el retrato de Goicuría, sacado de una fotografía, é importantes noticias de cuantos acontecimientos han tenido lugar en estos últimos quince días.

Es un resumen completo de cuanto puede interesar á los que en España miran con predilección los asuntos de Cuba.

Por el correo interior ha recibido JUAN PALOMO el artículo titulado *Las casas de préstamos*, primero de la colección de *Miserias humanas* que ofrece remitirnos el incógnito Juan Perez.

Bien venidos sean esos escritos y Dios guarde á V. muchos años, señor Juan Perez, que por la muestra, se conoce que es V. hombre que sabe dónde le aprieta el zapato en cuestiones literarias.

Te ofrezco, pues, caro público, un nuevo colaborador; cuyo verdadero nombre es tan misterioso para tí, como para JUAN PALOMO.

A las seis de la mañana del sábado han desembarcado en la Punta los compañeros de Goicuría D. Gaspar y D. Diego Agüero, cogidos en Cayo Romano por nuestros marinos.

Por la calzada de S. Lázaro se dirigieron á pié y con esposas, al castillo del Príncipe, custodiados por un piquete de la compañía de granaderos y cazadores del 5º batallón con su Coronel á la cabeza.

El que parece más joven daba señales de abatimiento, nó así el otro que marchaba con gran serenidad, hablando con los que tenía á su alrededor.

Se fijó en el porte marcial de nuestros voluntarios el cual elogió diciendo que «gente así daba gusto mandarla»: son sus palabras textuales, según nos asegura.

Los Agüeros son jóvenes que representan de 26 á 27 años el mayor y como 24 el otro.

He visto un papelito impreso, que lleva el título de *Galería de notabilidades católico-monárquicas*, y en el cual se anuncian retratos fotográficos de D. Carlos de Borbon y de Este, á caballo.

No lo compro, mientras no me digan si D. Carlos se retrató á galope ó al trote.

ALMANAQUE COMICO, POLITICO Y LITERARIO

Reales fuertes 6 en la Habana.

DE

Reales fuertes 8 en el interior.

JUAN PALOMO.



Al llegar Julio y Agosto,
el ministro de la guerra
busca la paz en la tierra
y se echa en brazos del mosto.



(Muestra de los grabados.)

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS DE LA HABANA

Y AGENCIAS DE Juan Palomo EN EL INTERIOR.



¡El hoy tiene su mañana!
Ved, al terminar el año,
el árbol del desengaño
de la libertad cubana.

Un volumen de unas 100 páginas en 4.º, á dos columnas, edicion elegante, con artículos, versos, epigramas, cuentos, anécdotas, biografías, novelas, propósitos y despropósitos, todo guisado y condimentado por los redactores, corresponsales y colaboradores de Juan Palomo.

INDICE

DE LAS MATERIAS Y CARICATURAS QUE CONTIENE, CON EL NOMBRE DE SUS AUTORES Y EL DELITO QUE HAN COMETIDO.

PARTE LITERARIA.

Efemérides, pronósticos atmosféricos, etc., por la Redacción.
Juicio del año por Juan Sin-Miedo.
Historia del año 1869, por Juan de las Viñas.
El General Caballero de Rodas, por José F. Vérguez.
Los duendes, por Gertrudis Gomez de Avellaneda.
Transporte singular, por Cesáreo Fernandez.
En el álbum de mi amigo Ricardo de Guzman el Bueno, por Teodoro Guerrero.
En el álbum de Evelina, por Francisco Martinez de la Rosa.
El niño Terso, biografía, por Eusebio Blasco.
El olivo, por Felicia.
En el álbum de Rita, por Emilio Auber.
En el mismo álbum, por T. Guerrero.
Balada, por R. Rodríguez Correa.
Discurso de una tizona, por Jhon Bull.
La Propaganda, por Juan Sin-Miedo.
En el álbum de Agustina, por Juan Eugenio Hartzenbusch.
El Paso de Cubitas, por Juan Lanuza.
Lord Byron: una página de su vida, por E. Castelar.
Question de forma, por Carlos Cano.
El remordimiento, por Constantino Gil.
Las flores, por Angela Grassi.
Comedia oficial, por Eusebio Blasco.
Poema de amor, por J. D. y Santí.
Cantares, por R. de Medina.
Castelar pintado por él mismo, por E. Castelar.
Nueva convencion, por E. Blasco.
Un pleito, por Manuel Urbano Sanchez.
Exhibicion de pájaros, por Juan de Austria.
A....., por Manuel del Palacio.
Las tres célebres cartas de Juan Fernandez al general Dulce, por Gonzalo Castañon.
El ataque de las Tunas, por Juan Soldado.
La última ilusión; Epigrama, en catalan, por Serafi Pitarra.
A la boca de una niña, por R. Rodríguez Correa.
A orillas del Almendares, por José Baamonde y Ortega.
Una visita al infierno, por José Antonio Peralta.
Querellas de un casado, por J. Moreno de Fuentes.
Las poesías de Plácido, por José P. Sanson.
Improvisacion, por T. Guerrero.
Al héroe Méndez Nuñez, por M. Eulate.
No sueñes, por Rosalía Castro de Murguía.
Epigramas, por U. Segarra Balmaseda.
Barbaridades, por A. E. de Zafra.
Una lágrima, por R. de Guzman.

¡Allá vá eso! misterio humorístico, por T. Guerrero.
Juan de Ariza, Felicia, Juan Ortega y Gironés, José F. Vérguez, José E. Triay, y JUAN PALOMO.
Receta para confeccionar un ministro mambí, por García de la Linde.
Querer es poder, por A. A. Ecay.
Mamá, por V. de Landaluze.
El Gorrion de Cuba: poema, por Pedro Antonio de Alarcon, Eduardo Bustillo, Mariano Z. Cazorro, Ricardo Puente y Brañas, M. Ramos Carrion, M. Carrillo de Albornoz y Rafael García y Santisteban.
La música, por José E. Triay.
A las niñas de tu ojos, por E. Horstmann.
La bandera: eco nacional, por Ventura Ruiz Aguilera.
Consejos á los niños, por Teodoro Guerrero.
Dama y galan, por Carlos Frontaura.
A Evelina, por Luisa Perez de Zambrana.
Soneto, por E. García Ladevese.
Epigrama, por A. A. Ecay.
Artículo de viaje, por Francisco Javier Ruiz.
Finis coronat opus, por JUAN PALOMO.
Lista de Suscritores guagüeros al *Almanaque*, segun los martirologios criminal y mambí.
Además, contiene el *Almanaque* multitud de sueltos, anécdotas, cuentos, epigramas, chistes, pensamientos, esto, lo otro y lo de más allá: en fin, es cosa de leerlo.

PARTE ARTISTICA.

Portada: meses del año, por Landaluze.
Retrato del General Caballero de Rodas, por L. Gomez.
Un mambí á caballo, por Landaluze.
Tipos del país: leche de botija, por Landaluze.
El tabaco, por Cisneros.
Plano topográfico de Cubitas, por Robles.
Una gorrioncita de mistó, por Landaluze.
Tipos del país: café con leche muy cargado, por Landaluze.
La danza cubana, por Cisneros.
Maní tostao, danza habanera, (música).
El billettero Correa, por Landaluze.
Retrato de Gonzalo Castañon, por Gomez.
Tipos del país: café de bodega, por Landaluze.
El guagiro y la guagira en un guateque, por Cisneros.
Un voluntario de grueso calibre, por Landaluze.
Un danzante, por Robles.
Corre-vé-y-diles: el corredor de azúcar, el corredor intruso, el dulcero, el curial, el asiático, por Cisneros.
Tipos del país: los zacatecas, por Landaluze.
La Habana de noche, por Cisneros.
Jordan y Aguilera..... sobre vino una pendencia, por Landaluze.
Transformaciones de Céspedes, desde su nacimiento, hasta su ambulante presidencia, por Cisneros.

La Junta Cubana de Nueva-York, con sus alas de fantasía, por Landaluze.
El cochinito, danza habanera. (música).
La careta de Néstor Ponce de Leon, por Landaluze.
Los cabecillas de la insurreccion en la manigua, por Cisneros.
Tipos del país: un oficial de causas, por Landaluze.
Una suripanta, por Landaluze.
Un notable oculista, por Landaluze.
Despedida del año 1870, por Cisneros.
Cubierta de color á la *dernier*, por Landaluze.

ADVERTENCIAS.

Este *Almanaque*, con arreglo al prospecto de JUAN PALOMO, se ha repartido *gratis* á los que han pagado adelantado el importe de un semestre ó año de suscripcion.
Los suscritores por meses en la Habana pueden adquirirlo, si gustan, al ínfimo precio de 4 reales fuertes, debiendo, para recogerlo, presentar en esta Administracion (calle de Compostela, núm. 71)—de 7 de la mañana á 5 de la tarde—el último recibo abonado, correspondiente al mes de abril, para comprobarlo.
Los pocos ejemplares que de la tirada se han dedicado á la venta pública, ó sea á los no suscritores, se venderán al precio de seis reales fuertes en la Habana y ocho en el interior, franco de porte, pudiendo hacerse el pedido en sellos de correos.

OJO.

Todo suscriptor nuevo á JUAN PALOMO por un semestre (lo ménos) á partir desde el presente mes de Mayo, tendrá derecho á recibir *gratis* las 4 hojas grandes de dibujos con que mensualmente obséquia este periódico á sus favorecedores, repartidas en el presente año, así como tambien el *Almanaque*, ahorrándose, además, en la suscripcion 75 centavos, segun puede verse por la tarifa de precios que vá al pié.

Todo pedido, que deberá venir acompañado de su importe en sellos ó letra sobre esta capital, se dirigirá con sobre al Administrador de JUAN PALOMO, calle de Compostela núm. 71.—HABANA.

PRECIOS DE SUSCRICION A JUAN PALOMO.

PAGO ANTICIPADO POR.....	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
En la Habana.....	\$1 »	2 75	5 25	10 »
En el Interior.....	» »	3 75	7 »	12 75
En el Exterior de la Isla.	» »	4 25	8 »	15 »

Números sueltos: en la HABANA 25 cents. y 30 en el INTERIOR.

IMPRENTA MILITAR, RICLA, 40.